



# LA MANZANA POÉTICA

REVISTA DE LITERATURA, CREACIÓN, ESTUDIOS LITERARIOS Y CRÍTICA

## LA MIRADA:

Prólogo escrito por Mrs. Behn para su nueva obra llamada *Like Father, Like Son, or the Mistaken Brothers*  
BALBINA PRIOR

Anne Bradstreet: la musa en América  
JUAN DE DIOS TORRALBO CABALLERO

## CORRESPONDENCIA Y COMPLICIDAD:

38 Poetas españoles actuales  
LUIS ANTONIO DE VILLENA

## NARRATIVA

Olas de seis o siete metros  
FEDERICO ABAD

Los juncos  
DANIEL DAPÍA BARRAL

## DOCUMENTOS

Conferencia inédita de los poetas de Cántico pronunciada por Pablo García Baena  
NOTA: FRANCISCO GÁLVEZ

## CARTAS IMAGINARIAS

BERNARDO CHEVILLY

## RESIDENCIA EN LA TIERRA

BERND DIETZ

# 40-41

Septiembre-Diciembre 2015

## LIBROS

*La herida en la lengua*  
CHANTAL MAILLARD

*La sonrisa de Audrey Hepburn*  
SONIA BETANCORT

*Mediodía en Kensington Park*  
JAVIER SÁNCHEZ MENÉNDEZ

*Repetición sobre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*  
ANTONIO PRIETO

*Zumo de anclas*  
PILAR SANABRIA CAÑETE

## OLAS DE SEIS O SIETE METROS

**Federico ABAD**

Bienaventurados los que soñáis en el silencio de la madrugada, porque vuestra es la felicidad, vuestra y de nadie más. La noche oculta entre sus zarzas pozos sin fondo, y todo aquel que navegue por ese océano oscuro tarde o temprano verá naufragar su apetito de amor o de locura, qué más da.

Yo también naufragué en esta fría noche de enero. Mía fue la culpa, solamente mía; aunque nada sospechaba cuando Kim Novak se precipitó al vacío desde el campanario de aquella vieja iglesia. No éramos muchos en la última sesión del *Excelsior* y, sin embargo, no faltaron quienes dejaran escapar un chillido ante la muerte de la protagonista. Volví los ojos hacia él buscando alguna reacción.

—Era de esperar —apuntó susurrando—. Lo contrario no tendría sentido.

Medité sus palabras. Comprendí de inmediato que llevaba toda la razón. Para entonces, los créditos desfilaban ascendiendo lentamente por la pantalla, y las luces de la sala comenzaban a encenderse.

Salimos a la calle sin decir nada. Di un par de vueltas a mi bufanda y me abroché hasta el último botón del abrigo. Él hizo otro tanto. Nos detuvimos frente a la cartelera, que anunciaba *Frenesí* para la siguiente proyección.

—Bueno, ¿adónde te gustaría ir?

—No sé —le contesté—. ¿Tienes alguna idea?

—Tengo esto —respondió mientras agitaba un llavero delante de mis ojos.

—¿De dónde son?

—De la casa de campo de mi tía. La que queda pasando Los Pradillos.

¿No te hablé de ella?

—Sí, algo creo recordar.

Hacía demasiado tiempo de todo aquello, y a menudo me refería cosas completamente olvidadas.

–Pero allí no habrá nada de comer –reparé.

–Supongo que no. Bebida sí habrá. Lo que podríamos hacer es llegar-nos antes al bar de Miguel y pedir algo. Tienes hambre, ¿no?

–Bastante.

–Yo estoy desmayado –aseguró.

Entramos en el coche. Metí la llave de contacto, arranqué y puse la calefacción, todo en el mismo instante.

Esta tarde quedé en recogerlo a las ocho en la oficina. Ahora me alegro de que haya sido así, y no como en los días anteriores, cuando él venía a recogerme.

En realidad han sido pocos días. Sólo hace dos semanas que regresé para pasar las vacaciones de Navidad; ese es todo el tiempo que hemos estado saliendo juntos de nuevo. Ya han pasado casi siete años desde aquella mañana de verano en la playa. Entonces era tanto el hastío que no hice nada por salvar más de tres años de noviazgo, y cuando su silueta desapareció al fondo del paseo sentí un consuelo mucho mayor que cualquier remordimiento.

Más tarde vino el tiempo de la soledad. Para mí, sólo para mí; porque él, aunque cada año, más o menos, me venía a buscar para decirme cuánto me necesitaba, no dejaba de compartir su vida con esa mujer de la que me siento incapaz de pronunciar su nombre.

¿Que debía de haberme resultado indiferente? Quizá lo creí así durante este largo periodo (muy largo si pienso que contándolo en días me salen dos mil cuatrocientos). Pero él me llamaba, y yo me sentía bien entonces. Me sentía contenta de algún modo por aquel reencuentro. Nos veíamos, es cierto, aunque al término de cada cita siempre rechacé una más para el próximo día, la próxima semana. No era miedo, era otra cosa.

Y al final, su fortuito encuentro con Mercedes. Yo llevaba algún tiempo pensando en que pudiésemos vernos; pero ahora deseaba que fuese para algo distinto. Él quedó con mi amiga en que nos llamaríamos. Poco después estábamos reunidos en su nueva casa, con Mercedes y Mario, como en los viejos tiempos. Ellos se fueron pronto. Yo me quedé todavía un rato más.

Fue entonces cuando me contó que lo suyo con ella había terminado. En ese momento no dije nada, pero me di cuenta de cuánto lo había deseado.

Estar juntos otra vez me parecía algo tan extraordinario... Las llamadas telefónicas en los días que vinieron a continuación –esas dos interminables semanas antes de las vacaciones– hicieron crecer más aún la ilusión que sentía por todo aquello: un comportamiento propio de dos enamorados, cuando descubren que son felices después de haberlo evitado tantas veces por razones que no saben ni explicarse.

Todo se ha ido precipitando en los días siguientes; realmente fueron intensos, apasionados incluso. No me avergüenzo de ello. Volver a estar abrazados ha hecho que me sienta llena de vida, me ha llevado a comprender el vacío en el que estaba viviendo.

Al entrar en el bar de Miguel nos encontramos con un enano. El bar de Miguel es pequeño, como el enano. Miguel nos saludó y siguió hablando mientras nos servía. El radiocasete que el enano había dejado sobre el mostrador tenía puesta una cinta de rancheras. Mientras cenábamos, el enano apagó el aparato y se puso él mismo a cantar *Allá en el rancho grande*.

Miguel, en voz baja, se refirió al enano como “un poco retrasado”. También dijo que pedía limosna por las mañanas a la puerta de un supermercado. Me fijé en él. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y un sombrero que no había hecho por quitarse. Aunque el rostro era acartonado e inexpresivo, en sus ojos entornados podía verse que estaba contento porque lo escuchásemos. Acabamos con los platos sin mediar palabra y salimos del bar dejando al cantante con su actuación.

Para llegar hasta la casa tuvimos que seguir un camino de tierra que parte desde la carretera de la vega. En total no tardaríamos más de veinte minutos. La luna apenas había entrado en cuarto menguante, y su brillo daba al campo un reflejo de noche americana. Atrás quedó una zona parcelada, y medio kilómetro más adelante bordeamos un cercado. Nos detuvimos frente a la cancela, se bajó y fue probando llaves hasta dar con la que abría. Luego metí el coche y lo aparqué bajo el empujado.

La casa era sencilla. Salvo por las macetas y los arriates bajo las ventanas, parecía más una nave que una vivienda. De hecho, más adelante se encontraba el portón del almacén agrícola. El resto de la parcela lo ocupaban árboles frutales, un huerto, el pozo y un estanque adaptado como piscina.

Desde las faldas de la sierra soplaba un aire helado que sacudió mi cuerpo al salir del coche.

La puerta de entrada conducía directamente al salón, tan frío como el exterior. Frente a ella, ocupando la pared del fondo, estaba la chimenea. Me senté en el sofá mientras él prendía el fuego y arrimaba troncos a la lumbre. Estuve observando la escena durante un instante. Era agradable. Luego encendí la lámpara de pie, apagué la luz y le ayudé a colocar el sofá ante la chimenea. Al amparo del calor nos quitamos los abrigos, pero aún permanecemos un buen rato sentados, frotándonos las manos y extendiendo los brazos hacia la lumbre. De vez en cuando nos mirábamos, y nos daba risa al ver que hacíamos los mismos gestos.

Él regresó a la cocina para traer algo de beber. Oí como abría y cerraba puertas buscando las botellas. Al final apareció con el ponche en una mano y un par de copas en la otra. Bebimos unos cuantos sorbos, despacio, mirándonos por encima del cristal. Le lancé un guiño y me lo devolvió. Hablamos después de cosas banales. Me di cuenta de la facilidad con que el pensamiento huía hacia el pasado, cuando todo era como en ese instante. El ponche me iba haciendo efecto; vencido el frío, el calor que comenzaba a notar por dentro me proporcionaba una cierta serenidad. Estaba a gusto, y se lo dije. También él, me dijo, se sentía así.

Había pasado un buen rato, no sé cuanto; las llamas empezaban a descender. Se levantó para colocar los últimos troncos que quedaban en la espuerta de la leña, los empujó con el atizador y me dio un beso rápido.

—Voy al almacén a por más, vengo enseguida —le oí decir mientras cerraba de nuevo la puerta.

Sentí descorrer el cerrojo del almacén antes de hacerse el silencio. Afiné el oído. Por encima del crepitar de las llamas me llegaron los ladridos apagados de algunos perros en la lejanía. Algo después me pareció distinguir el ruido sordo del motor de un automóvil acercándose por el camino. Cuando parecía más cercano, cesó. Puse atención, pero no se escuchó nada más; sólo aquellos ladridos.

Me acerqué un poco a la chimenea y removí la lumbre. Me gusta permanecer quieta mirando al fuego: produce una especie de atracción mágica. Así estuve durante algunos minutos, abandonada al calor que llegaba a mi rostro como las suaves olas de un mar en calma. Luego me entretuve en observar la disposición de los muebles y demás objetos. Descubrí mi propia sombra proyectada en la pared. Empecé a pensar que tardaba demasiado, aunque no quise preocuparme.

Poco después volví a sentir sus pasos acercándose en el silencio. Cuando se abrió la puerta no miré atrás. Oí decir un “hola”. Pero aquella voz no era la suya.

En principio supuse que se trataba de una equivocación. Al darme la vuelta la encontré allí mismo, en el umbral. No supe reaccionar. Permanecí inmóvil mirando a las llamas, sintiendo cómo oleadas de sangre se empujaban contra mis sienes, azotando mi rostro con su ardor. El corazón me latía con violencia. Dirigí mis ojos hacia otro lado para evitar que mi vista se cruzase en su camino. Ella avanzó, pude verlo de soslayo, hasta la mesa, y soltó el bolso y los guantes. Luego se aproximó a la chimenea sin romper el silencio. Mi pensamiento se perdió en la oscuridad.

—¿Dónde está? —pregunté bajando la cabeza.

—¿Quién, tu amigo? No te preocupes, ahora viene —hizo una pausa—. Está recogiendo la leña.

Regresé al sofá. Intentaba no mirarla, pero su silueta estaba a mi lado, quieta, y no la podía evitar. No podía hacer nada. Sólo esperar, aguardar a que el intenso dolor que me apretaba la garganta pudiera calmarse. Entonces me acordé de la copa de ponche. La busqué con ansiedad y cerré los ojos mientras la apuraba de un trago. Quise adivinar lo que ella podría querer de mí, lo que estaría dispuesta a decirme. Siempre me había producido una sombra de temor. Lo que sentía en ese instante era miedo.

Se abrió la puerta y apareció él. Venía con la espuerta cargada de troncos. Al entrar me miró a los ojos. No sé qué pudo ver en ellos. Apartó la vista y arrastró la carga hasta el rincón de la chimenea.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté. Suplicaba una respuesta—. No lo entiendo. No sé por qué me has hecho venir hasta aquí para esto.

—No digas tonterías —él fue a responder, pero ella se le adelantó—. Él no sabía nada. Vine por mi cuenta.

—Por tu cuenta, claro. Y da la casualidad de que nosotros estábamos aquí.

—Ya ves.

—Nos habrás seguido, supongo.

—Muy mal. Te has vuelto a confundir.

Se produjo un silencio largo, casi eterno.

—¿Y para qué has venido, si puede saberse? —dijo al fin.

—Para hablar. Para hablar contigo.

Lo dijo secamente, sin matices. Sentí algo parecido al vértigo. Me dije cobarde a mi misma; luego la miré a los ojos. Esperaba encontrar una

expresión arrogante, pero fue todo lo contrario; su semblante no podía ocultar la angustia.

–¿Hablar de qué?

–De ti, de él... Y de mí, claro está –puntualizó.

–Lo dices como si fuese algo urgente.

–Y lo es. Las cosas no pueden seguir así. Creo que te estás equivocando.

Lo que acababa de decir debí suponerlo, pero no pude evitar la turbación que me producía.

–Según tu punto de vista, por supuesto.

–Bueno, quizá tú no pienses así. Pero podrías cambiar de opinión.

La miré una vez más. Se le veía marcada por el abatimiento. Aunque en sus labios asomara un gesto de desafío, temblaban nerviosamente apretados en un intento de conservar la última calma.

–Tranquila –dije con preocupación. No me sentía con fuerza para una escena de nervios.

–No, si yo estoy tranquila –contestó respirando profundamente–. Lo que quiero es que te convenzas de una vez. No por mí. Por él: si sigue contigo lo va a pasar muy mal.

–No sé por qué.

–Sí lo sabes. Sabes que no fuiste capaz de soportarlo cuando estaba hundido. Antes o después te volverá a pasar, y harás lo mismo.

–Ahora eres tú la que te equivocas –me fijé en él. Noté que evitaba encontrarse con nuestra mirada poniendo su atención en la ventana. Acaso pretendía mantenerse al margen. Me pregunté por qué seguía amándolo–. Aquello terminó porque iba mal, simplemente. También él me hizo daño a mí.

–Y sin embargo intentó volver después contigo.

–Bueno, no creo que fuese eso. En ese tiempo no habría podido ser.

–¿Por qué?

–¿Que por qué? No lo sé. No estaba claro. O yo no quise. No sé, ¿qué mas da?

–Y si no querías antes, ¿por qué ahora sí quieres?

–No sé, no lo sé tampoco. Empecé a recordar. Quizá me di cuenta de que no lo había olvidado. Nos vimos hace menos de un mes y me dijo que habíais terminado. Pensé que podíamos intentarlo de nuevo.

–¿Y no has pensado en las putadas que tendrás que soportarle ya mismo? Porque yo le he tenido que aguantar todas las que se le han antojado

—él permanecía inmóvil, de espaldas—. Seguramente tú no serías capaz de perdonarle ni una.

—Sería la primera vez, seguramente —me pregunté cómo podía hablar así en su presencia. Era todo tan absurdo, tan desagradable... Nadie decía nada.

—Mira —concluyó—, me da igual. Ya te lo he dicho antes.

Era soez. No tenía escrúpulos.

—¿Te refieres a eso que dijiste de que me había equivocado?

—A eso mismo —silencio—. No sé si te habrá contado que el año pasado estuvo viviendo conmigo.

¿Por qué mencionaba ahora aquello? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué hablaba de un modo tan ruin? Me costaba entender su manera de comportarse. Siempre imaginé que ella sería todo lo opuesto a mí. No me había equivocado; yo nunca habría provocado una situación semejante.

—Sí, ya lo sé —lo dije como si no me importara, aunque no fuese cierto.

—No creas que eso se olvida fácilmente. Haber vivido juntos significa muchas cosas. Para mí y para él. Seguro.

—Entonces, si tan segura estás, ¿por qué me lo cuentas a mí? Díselo a él, a ver qué le parece.

—Bueno, ya está bien —al fin se había decidido él a intervenir—. Todo esto es insoportable.

—Ah, pero ¿no te gusta? —pregunté sarcástica.

—No, no me gusta.

—Pero si tienes a dos mujeres discutiendo por ti. No me digas que no te hace ilusión —le dije con toda la rabia.

—No, no me hace ilusión. Prefiero que se acabe ya.

—¿Pero cómo se va a acabar?, ¿no ves que me está diciendo que no te vuelva a ver? —estaba empezando a sentirme realmente enferma.

Más silencio. Era como si las palabras se hubieran muerto. Volví a mirarlo. Seguía con los ojos fijos en el suelo. Ella estaba absorta en el fuego. Las llamas habían bajado. Todo permanecía callado; hasta los perros del campo.

—Lo siento, pero no tengo nada que decir —dije para romper el silencio—. Que lo diga él, si quiere.

—El lo tiene claro. Ya lo hemos hablado.

¿Estaba mintiendo? Sabía que era capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería, estaba segura. Así que dije con una tranquilidad inaudita



–Bien, pues no hay problema. Si es verdad, que me lo diga ahora mismo.

Acababa de saltar sobre el vacío. Nos quedamos sin voz. Aquel último silencio me causaba más dolor que ninguno. Observé de nuevo las sombras que el fuego, al menguar, proyectaba sobre las paredes. Nuestras figuras formaban una triste imagen, náufragos olvidados en medio del mar. El tiempo se había detenido. Las agujas del reloj estarían inmóviles.

Pero aún me quedaba la convicción de que él desmentiría sus palabras. Con todo lo angustiada que me sentía, sabía que la tensión a la que había dado lugar era el único modo de acabar con aquella situación tan insufrible. Estaba sintiéndome muy mal, ya no podía más.

Me volví hacia él en el preciso momento en que levantaba la cabeza para mirarme. Esta posición duró un instante, solo unos segundos en los que mis ojos le decían “vamos, acaba de una vez con todo esto”.

–Creo que será mejor que te marches tú sola –me dijo.

Fueron las últimas palabras de la noche. Permanecí quieta unos instantes, aunque ya no quise saber nada más. Ni ver, ni oír. Algo se había roto en mi interior. Pensar que ella dejase asomar una sonrisa... No quería ni imaginarlo.

Me levanté del sofá. Llegué hasta la silla donde había dejado el abrigo y me lo puse. Ahora parecía que algún perro se ponía a ladrar a lo lejos. Supuse que afuera el frío habría arreciado. Me lie la bufanda alrededor del cuello y salí de allí sin volver la cabeza. Soy demasiado orgullosa para que me vean llorar.

He salido con el coche a la vereda. Deseaba alejarme de allí cuanto antes, pero el camino está lleno de piedras y he tenido que ir despacio. Al llegar a la carretera he sentido como si una parte de mi cuerpo se hubiera quedado en aquella casa. Maldita sea, qué asco me da todo.

Dichosos sois los que soñáis ahora, en el silencio de la madrugada. Oleadas de desaliento vienen a golpear contra mis sienes. No tengo valor para enfrentarme a la soledad que me va llegando, aunque sé que está ahí mismo, en la oscuridad del campo, en este murmullo que el silencio levanta en mis oídos, en el horror que me causa pensar en mañana, cuando la noche se lleve todo lo que creí tener. Tan sucia es la soledad, tan sucísima.

Y sin embargo, todavía me queda el consuelo de sospechar lo que va a ser de ti. Todos necesitamos ser crueles alguna vez. Tú ya lo fuiste; déjame

ahora que yo me alegre. Tu hermana lo llamó por teléfono y le dijo lo que habías hecho; cuando él me lo contó sentí una sombra de culpabilidad. Tenía la corazonada de que algo iba a pasar, aunque no esto, precisamente.

No, una caja de Valium no sirve para lo que tú querías, pero sí para adivinar lo que puede sucederte a partir de ahora, y eso es todavía más desesperanzador que mi soledad. Seguramente él seguirá intentando huir de ti. ¿Te vas dando cuenta? Y mientras yo me vaya pudriendo en una casa vacía, tu vida penderá de un hilo, un hilo demasiado fino a cuyo extremo sólo habrá una caja de pastillas que quizá en la próxima ocasión sí sirvan para lo que tú quieres.

En fin, lo que estoy pensando es verdaderamente horroroso. Debo hacer el mayor esfuerzo posible para no pensar. No pensar en nada de nada.

Las luces de la ciudad van divisándose a lo lejos. Aún no me he cruzado con ningún coche. El ruido del motor, mezclado con el leve sopor que produce la calefacción, ha comenzado a adormecer mi cerebro, mi alma, qué más da. Estoy cansada de este recuerdo tenaz que invade la noche con la imagen del hombre que he dejado en esa casa.

He encendido la radio. He buscado entre las emisoras alguna música que me ayude a olvidar, pero no la he encontrado.